

Luis Meana reflexiona sobre el multitudinario rito de la noche de los fuegos de Begoña y compara la playa de San Lorenzo con «una iglesia de arena» para príncipes y princesas. Ladislao de Arriba entona su «adiós con el corazón» después de despedirse como cronista de la semana grande ante la Alcaldesa.

## Gijón, oración al fuego

LUIS MEANA

Una vez al año, en el paso mágico del ecuador de agosto, acontece en Gijón el milagro de San Lorenzo, milagro emparentado directamente con el del mismo Cristo de caminar sobre el agua, y que consiste en que una abigarrada península, de casi tanto peso como Manhattan, hecha de roca y tierra, tres mil años agarrada al suelo como un alga de piedra, empieza de pronto a levantarse ingravidamente del suelo y a estirarse hacia el cielo como una figura de El Greco, entre miles de ángeles de luz y de colores que la acompañan con estallidos y trompetas, mientras medio millón de almas boquiabiertas ven iluminarse la bahía como si fuera un espejo de agua plateada. Es ésta una gran fiesta pagana, en la que, so capa de cena, espectáculo, navegación o entretenimiento, un millón de ojos y medio millón de almas se ponen, sin quererlo, a hacer una gran oración colectiva en la iglesia más ingravida y áurea del planeta, en la iglesia playa del Muro de San Lorenzo, en la que Dios siempre tuvo forma de sardina. Rezan los gijoneses, como jerónimos arrecogidos en la arena, con la misma rareza y peculiaridad con la que lo hacen casi todo, lanzando al cielo humo, petardos, proyecciones, aleyuvas, aplausos, lavas, rugidos, blasfemias, besos, arrumacos y borracheras.

Rezan por el sol, el calor, el cielo abierto, la felicidad y la belleza. Inventó este milagro de la multiplicación de luces y de votos un chamán de la cosmética, que venteó en seguida, con la velocidad instantánea con la que Lucifer olfatea los azufres estupefacientes, la rentabilidad de los



PABLO SOLARES

Público junto a la Escalerona, en la reciente noche de los fuegos de Begoña.

fuegos blancos y de las semanas negras, y empezó a llenarnos el cielo de ilusiones y de fuegos fatuos, de la luz que ciega y de la ideología que queda, y así nos encuentra cada agosto la historia, arrodillados en la arena, orando al fuego y a la ilusión que se nos deshace como el humo.

Son los gijoneses panteístas de la arena, que niegan a Dios, pero que levitan con los fuegos. Rezan los gijoneses, en este rito pagano del fuego, a la luz que durante el año no tienen, al cielo azul del que carecen, contra la lluvia materna de la que son criatura casi primigenita. Se recrean los

gijoneses en la belleza natural y unigénita de su paraíso marítimo terrenal, que a ellos les parece casi idéntico al de Adán y Eva, y le ponen a Dios el incienso ardiente de los fuegos para que ese paraíso no se les pierda, para que ningún dios cruel los eche de él, como les pasó a los antecesores Adán y Eva, y también para que no les salga un Caín, que correa ya por los extrarradios con forma de bola de fuego, que les destruya esa viejísima península, agarrada tres mil años al suelo como un alga de piedra. Aman los gijoneses tanto a su ciudad y a su bahía que cada vez

que la ven reflejarse sobre la mar como una concha de plata, se ponen a adorarla como si fuera el Cristo más milagroso de la tierra y a besarla ensimismados como si fuera una dormida princesa. Pasada esa noche de magia pagana, vuelve a oscurecerse la abigarrada península convertida otra vez en sapo de tierra, y vuelven los gijoneses a ser lo que son y eran, una tribu metalúrgica obsoleta, un poco a la deriva en medio del Cantábrico y la historia, y a los que una fiesta pagana, en una iglesia de arena, convierte por una noche en príncipes y princesas.

## Adiós con el corazón

LADISLAO DE ARRIBA

A la sombra del chiringuito portuario, que el veterano maestro J. R. ha bautizado como «Saint Tropé» tomamos ayer tarde lo que los charros mexicanos llaman «la copa del estribo». (No es que vuelva a Madrid montado en un caballo).

Sporting. (rara avis que sabía de libros).

Se echará encima, pasadas las fiestas de la Soledad y de los Remedios, el otoño de cortos días en que soplará el «airón» que abate las castañas.

Regresaré a los madriles en un



### El trasluz

## Retos personales

JUAN JOSÉ MILLÁS

Las entrevistas son para el verano. Todos los periódicos las publican con profusión (qué rayos querrá decir profusión) y con los personajes más variados, desde escultores a cantantes, pasando por filósofos, psiquiatras y enfermos mentales. En todas las entrevistas, llega un momento en el que el entrevistado, refiriéndose a un aspecto de su trabajo, afirma que se lo ha tomado como un «reto personal». La expresión quiere decir, creo yo, que se trata de una apuesta frente a sí mismo, una apuesta de uno con uno. En el fondo es bastante absurdo porque nadie se atrevería a decir lo contrario, o sea, algo así como:

—He aceptado este papel porque se trata de un reto de un vecino mío.

O bien:

—Un cuñado de mi mujer ha dicho que no soy capaz de hacerlo y me he picado.

Es verdad que alguien puede retarte a hacer esto o lo otro, pero, si caes en la trampa, es porque ese reto exterior ha despertado uno tuyo. En caso contrario, ni lo oyes. Todos los retos son personales, en fin, de ahí que se trate de una expresión vacía que sin embargo dicen muchos los artistas. El «sin embargo» viene a cuento de que el artista es el más obligado a no decir tonterías, aunque parece que en las entrevistas veraniegas no importa que digas tonterías, incluso queda bien. Estamos en verano y todo eso.

—Este año tengo el reto personal de que me crezcan los tomates.

—Pues yo tengo el reto personal de pintar la fachada.

—Y yo el de adelgazar siete kilos.

La vida, en fin, está llena de retos personales. No tengo nada contra ellos, pero echo de menos algún que otro reto colectivo. ¿Es que nadie tiene proyectos que incluyan a la comunidad? Hasta los alcaldes y los ministros y los subsecretarios, que son servidores públicos, se toman su